

Cuerpo – Palabra

Luz Elida Vera Hernández¹

Razón que me miente sin razón,
inagotable aroma de tu palabra
que se ha evaporado de tu boca blasfemada
y ahora vive libre con su lengua, como ninguna,
sin dueña, sin atadura.
Imagen manchada, desteñida,
vieja palabra que se esfuma,
frágil reflejo de la memoria de una dama.
Muere palabra, muere lentamente,
se apaga la llama
y vuela hacia la nada,
esa nada que se esfuma en tu mirada,
esa nada que se vuelve ilusión en la piel de papel,
esa nada que muere en el aliento final del cuerpo
y en el agua tinta de mi sangre.
Y sigo siendo recuerdo,
frío que esculpe las entrañas en hielo,
viejo aliento aprisionado, arraigado,
que se evapora suavemente para encontrar otro cuerpo u otra palabra.

1. Poetisa y narradora. Licenciada en Literatura, Universidad de Nariño; Maestrante en Etnoliteratura, Universidad de Nariño. Correo electrónico: lucelvera2011@gmail.com

Un son suena como despedida

Después de una vida
un son suena como despedida,
desgarrarse el aliento,
volar,
no evocar,
y serás el hombre que camina
de la mano de su amada
y será la luna que contempla a lo lejos
un mar en calma.
En la noche no habrá marea
ni tormenta de lata,
no habrá lisonja perdida en la playa,
los lirios son ajenos
y persisten las nubes en casa,
las pulgas del baúl
saltarán en otro cuerpo,
ya no en la musa de ideas sensatas.
No habrá nada,
un simple recuerdo,
cuarto de San Alejo,
síndrome de vacío o de una nada.
Seré la mirada
que huye cual eco al recuerdo que mata,
sin que nadie lo escuche,
sin que a nadie hiera.
Y en la distancia
mis manos inspeccionarán tu espalda
entre letras mudas que hablan.
Después de una vida,
un pasado se marcha.

Ven

Ven,
ven a mí,
ven a mi lado,
ven hacia mis desaciertos,
ven junto a mí,
ven,
porque venir es la acción de estar,
de ser,
de vivir,
de fingir;
ven hacia mis aciertos,
ven a mi lado,
ven a mí,
ven.

Peregrino

Soy peregrino en un templo de fe.
Maquillaje de una esperanza ciega: fragmento.
Sepultura de ilusiones: grieta.
Alma desierta: tumba.
Simulación de un peregrino en un templo de fe: vacío.

Inspección

A través del prisma de tus ojos, puedo viajar en el tiempo, recorrer uno a uno los caminos ajados que se pliegan ante esta ventana; veo desplegarse cada una de tus pestañas como ramas que abren sus largos y finos brazos, arqueándose hacia el cielo. Luego, examino la inspección que ellos recorren frente a mí; para entonces, me encuentro profundamente extasiada. Despliegas tu iris y se abre como aquella esponja que absorbe todo a su paso, sobre el inmenso lago de mis carencias y frustraciones, y allí me encuentras, más pequeña e inofensiva que la mujer que resiste el invierno o la intemperie del abandono.

Y, de repente, te hallas bailando entre las raíces de los árboles inferiores, buscas a la niña que también se perdió entre tiempos ajenos de una multitud con síndrome de adultez. Vas y vienes, rompiendo las murallas de mi opulenta resistencia y examinas mis pasos, mientras trato de distraer la inspección con fuertes aletazos de mis persianas que, de a poco, se empiezan a ajar. Entonces, la sagacidad de la inspección se agudiza e irrumpe con facilidad la fortaleza, que ante un solo vocablo logra inundar la ventana con una leve lluvia que protesta ante la evocación.

Tu muerte

Lágrima,
sangre negra que dobla mi mejilla
y tibiamente recorre aquel recuerdo,
breve suicidio que me remonta al pasado
frío, esquivo, nostálgico,
físico abismo de labios extraviados.

Cuerpo,
casa vacía de mi tiempo
en la que me hallo recorriéndote
y recordando que agonizo siendo tuya,
temblando como el veneno entre las manos del suicida
en un roce de piel.

No eres más que una cruel caricia
triste y fingida
que brota del suspiro del ayer.
Intrépida daga de venas usadas
por la que fluye la sutil fragancia
evocadora de plácidos sueños privados
y te conviertes en el místico fluido
que deja la vida convertida en dolor.

No eres más que el recuerdo
que me incita a volar desnuda sobre la ciudad
como una más de las vagas y meditabundas ruinas
que aferran su esencia al silencio de la evocación
donde el leve peso de tu ausencia
desciende como la niebla
mientras aguardo el sigiloso momento de tu muerte.

Compañero

Compañero de arduos y peligrosos caminos,
emprendes el viaje al extraño mundo de mis deseos
perniciosos, egoístas, sutiles, mundanos.
Y sigues siendo héroe de mis pasiones
rotas y desligadas
en esta nada
que me aclama,
que me hunde,
que me consume
en el único espacio que es mi espacio,
en el que atraes la calma en tiempos
de airado vendaval.

Tu espacio tiempo

Estos pasos que son lentos,
esta angustia que es tan mía,
se encuentran como vientos
en el desierto de mi agonía.

Este suspiro que se esfuma
en estas calles de ruinas desiertas,
con olor olvido que abrume
el espacio tiempo de tus puertas.

Este silencio que es tan mío
suena como eco de tu olvido,
cual corazón que finge no ser sentido.

Este naufragio que es hastío
alienta el desierto abatido
de lo que somos y nos hemos convertido.